

La política libertaria en Buenos Aires

Una lectura personal de *Anarquistas* y de la obra de Juan Suriano

JOSÉ ANTONIO PIQUERAS | jose.piqueras@uji.es
Universitat Jaume

El presente texto busca destacar la actualidad y relevancia del trabajo de Juan Suriano en "Anarquistas" después de dos décadas. Se reflexiona sobre la formación de la clase trabajadora argentina, cuestionando si el peronismo fue necesario para su consolidación y cómo se interpretó su surgimiento y disolución. Suriano examina el anarquismo como un movimiento vital en el Buenos Aires emergente, proporcionando una mirada profunda a la sociedad urbana y su evolución. Explora la relación entre anarquismo y política, argumentando que aunque los anarquistas se oponían a la política tradicional, su activismo reflejaba una forma de acción política. La obra destaca la diversidad del anarquismo y su influencia en la vida cotidiana y cultural. La corriente gramsciana en el enfoque de Suriano es identificable en su reconocimiento de la importancia de los intelectuales heterodoxos en el movimiento. La obra es un "clásico" que ofrece una visión integral de la sociedad bonaerense de principios del siglo XX que ha servido fundamento para las investigaciones posteriores sobre los tópicos.

Palabras clave: Anarquismo, Buenos Aires, Clase trabajadora

Libertarian politics at Buenos Aires. A personal Reading of *Anarquistas* and the Works of Juan Suriano

The present text aims to highlight the timeliness and relevance of Juan Suriano's work in "Anarquistas" after two decades. It reflects on the formation of the Argentine working class, questioning whether Peronism was necessary for its consolidation and how its emergence and dissolution were interpreted. Suriano examines anarchism as a vital movement in emerging Buenos Aires, providing a deep insight into urban society and its evolution. He explores the relationship between anarchism and politics, arguing that although anarchists opposed traditional politics, their activism reflected a form of political action. The work highlights the diversity of anarchism and its influence on everyday life and culture. The Gramscian current in Suriano's approach is identifiable in his recognition of the importance of heterodox intellectuals in the movement. The work is a "classic" that offers a comprehensive view of early 20th-century Buenos Aires society, laying the foundation for subsequent research on the topics.

Key Words: Anarchism, Buenos Aires, Working class

Reconozco mi empatía con el trabajo realizado por Juan Suriano en *Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires, 1890-1910*. Se cumplen ahora dos décadas de la aparición del libro, sin que podamos recordarlo –nuevo motivo de remembranza– junto a la voz de su autor. Agradezco a los organizadores de este encuentro, en particular a Mirta Lobato, la invitación a participar entre auténticos expertos en anarquismo y en historia social argentina, que con razón me pueden considerar un intruso. Me adelanto a anunciar que las reflexiones que siguen son una lectura personal, aunque creo que respetuosa con el significado de la obra que comento.

Las lecturas del pasado son un buen aliciente para repensarlo. ¿Cuándo y cómo se formó la clase trabajadora en Argentina? ¿Qué características tuvo? ¿Hubo de esperarse al peronismo para encontrar un movimiento corporativo extenso y sólido, un actor social de primer orden? ¿Cómo se leyó la realidad social emergente y cómo se diluyó la primera articulación de las clases populares? Los motivos por los que escogemos los temas, o los temas nos escogen a nosotros, son variados y, en ocasiones, inextricables. Unas veces nos los regala un maestro generoso, o nos sorprende una cuestión de actualidad ante la que carecemos de respuesta, u observamos un fenómeno que no se corresponde con la idea que nos hemos formado de la evolución de las cosas y, sin embargo, ha sido capaz de construir un relato dominante que merece la pena ser sometido a reconsideración. En este último caso, qué mejor que indagar en la historia anterior, extraviada, relegada a un papel de infancia precursora y, en consecuencia, reducida a tanteos sin continuidad. Juan Suriano pudo escoger el estudio del movimiento social porteño de comienzos del siglo XX y dio necesariamente con el anarquismo. Es mucho más probable que se diera el proceso inverso: un extenso movimiento alternativo, vital y de protesta, potencialmente revolucionario, acabó diluido para siempre, primero por el reformismo, después por el nuevo gremialismo y el justicialismo, tomando el relevo mucho después pequeños grupos que por su orientación ideológica cultivaban más la actitud crítica, a los sumo condescendiente, que la comprensión y reivindicación de aquella experiencia pionera; y si hubo tal movimiento, ¿qué sociedad lo propició? Cualquiera que hubiera sido el móvil, el historiador nos proporcionó una herramienta útil para comprender una sociedad en una época determinada, el *Novecento* bonaerense. Es bastante más de lo que indica el título del libro que nos reúne, *Anarquistas*, que, de otro lado, nos alerta de la corriente protagonista.

La obra nos sitúa ante un determinado movimiento social pero, en su mayor parte, nos habla de una sociedad urbana, de una gran ciudad que crece de forma exponencial en poco tiempo, una ciudad que en ese periodo asiste a una mezcla constante de gente de la emigración, migrantes externos y del interior del país; todos ellos conforman una amalgama de personas llegadas a la gran ciudad en busca de una tierra prometida que se vislumbra desde el trabajo, pero que no se alcanza. La gran ciudad reclama una evolución de los oficios, las ocupaciones todavía basadas en la destreza y el esfuerzo manual, la chamba, el laburo, palabras que nos informan de la procedencia de quiénes las introducen, solo en parte también sus destinatarios. Estas gentes han de inventar sus espacios propios. Y la ideología anarquista, entendida como un conjunto de ideas, de prácticas y de políticas, termina definiéndoles, dotándoles de una identidad en la que se reconocen no solo –o no tanto– como anarquistas revolucionarios, sino ante todo como pueblo trabajador. El despegar de una gran ciudad, arrastre en gran medida de la economía de todo un país, se ofrece como condición propicia para indagar en cómo se crean –o recrean– los espacios sociales. Es la época del acceso de las masas a la política y es pertinente preguntarse cuándo y cómo las clases populares, entre las que se cuentan cada vez mejor diferenciados los trabajadores, se hicieron presentes con una forma específica de estar, de decir y de reclamar.

Encontramos aquí el eco de la historia social marxista británica, donde las organizaciones son lo último a lo que se presta atención y la mirada se desplaza en primer lugar al mundo del trabajo, de los trabajadores. La categoría social se hace comprensible después de asumir la conceptualización que los anarquistas manejan, si deseamos comprenderlos. No se corresponde con un esquema definitivo, ni con una relación social de producción constitutiva o base de la clase; la frontera entre el trabajador establecido, el asalariado de taller y factoría, y las restantes clases populares se diluye. Pudiera pensarse en un error óptico del observador, cuando es algo muy común para el momento en que la realidad es observada, en el que los lazos de afinidad sobrepasan las fronteras de la clase sin abandonar la esfera subalterna.

Existe una forma de interpretar esa realidad, esa vida social, de las experiencias del mundo que deben conquistar unos y otros. Suriano muestra la confrontación que se produce en ese espacio, con una presencia patente de los patronos y de un Estado que se muestra muy celoso de la protección a esos patronos porque está despegando la economía y opta por amparar a un grupo social determinado, un Estado que ejerce una política de clase explícita. Es fácil, entonces, definir a la autoridad como una forma de opresión. No hace falta recurrir a una gran teoría, no es preciso repetir palabras leídas en un texto doctrinario. El Estado-Leviatán se muestra tal cual.

Puede hacerse una lectura del libro, me parece que legítima, como de la formación de la clase o, si se prefiere, de un sujeto histórico. Lo que para Edward Thompson es *La formación histórica de la clase obrera en Inglaterra*, aquí encontramos Buenos Aires entre 1890 y 1910, para una primera clase trabajadora/popular. Antes de esa fecha no se ha podido detectar en la Argentina un grupo de características similares. Si, desde luego, otros grupos populares, otra forma de “pueblo” al que, entre otros, apelaron algunos caudillos en el pasado. Por la misma época en que tiene lugar el fenómeno del que se ocupa el autor, se constituyen colectivos similares en el interior. Pensemos en los trabajadores del azúcar de Tucumán, el movimiento mucho más diversificado en Córdoba, los núcleos de trabajadores ferroviarios.

Juan Suriano acota un periodo, que posiblemente fue algo más extenso por ambos lados y que con facilidad puede prolongarse casi una década, en el que se está definiendo la clase o clases trabajadoras. En la práctica, más allá de las definiciones que ofrezcan los anarquistas, se está constituyendo con ese significado. Con los mimbres existentes, con el tipo de oficios y de trabajador que hay, de gremialismo vigente, con la diversidad reconocible, con un Estado agresivo que dicta leyes severas y decreta expulsiones del país, y contribuye con ello a la reacción de los anarquistas y potencia su antiestatismo. Cabe preguntarse hasta qué punto el potente anarquismo de estas décadas influyen en el cambio de legislación que extiende la participación popular en los procesos electorales ante modelos rupturistas. El movimiento libertario, en ese sentido, no solo es un experimento que deja huellas e ideas para el futuro, de libertad y de justicia, sino que incide en la realidad bonaerense y argentina.

Hay una serie de fuentes, de lecturas, que se encuentran en el sustrato de la obra de Suriano. No me refiero a los estudios sobre anarquismo que lo han precedido o a los textos de los propios anarquistas, sino al soporte historiográfico que inspira desde dónde leer la realidad social y la producción ideológica e historiográfica. La segunda tradición historiográfica presente en el libro nos reemite a las escuelas francesas. Ahí hallamos a Maurice Agulhon y el estudio de los círculos, espacios propios, no cerrados porque se erigen en centro de atracción de personas que convivan con los ideales,

pero también donde ya se va experimentando: la revolución es un ideal y es a la vez una práctica que va rompiendo las formas de entender la sociedad y las relaciones interpersonales. Es algo propio de un anarquismo con componentes fuertemente idealistas, como sucede a finales del siglo XIX y primeras décadas del siglo XX.

Leo un libro sobre anarquismo en el que la política ocupa un lugar central. El subtítulo ofrece las claves de la obra: *Cultura y política libertaria*. La política, de manera específica, ocupa un capítulo de la obra. Pero la política es el medio que permite proyectar acciones y se despliega a lo largo de las páginas. Anarquismo y política se ofrecieron como términos excluyentes en las concepciones del movimiento ácrata. Eran antitéticas en el sentido de proponer una revolución social que no tuviera por resultado la conservación del Estado ni, por lo tanto, la lucha partidista para disputar el gobierno. Para un libertario, política sería Estado, gobierno, lucha por el poder, sistema político, pugna partidista, todo aquello que en definitiva representa dominio, explotación y la base de lo que ciega la base de la libertad del individuo. En ese sentido, son apolíticos o, mejor, antipolíticos. Ahora bien, las prácticas que realizan tanto a la hora de fijar objetivos, al actuar, al crear organizaciones y adoptar estrategias obedecen a un ideario político, a una forma de actuar, la llamemos como la llamemos, es una forma de dotarse y de dotar de acción política a grupos subalternos que hasta ese momento no se han expresado, o no lo han hecho de forma autónoma respecto de otros grupos; desde ahora formulan entre sus objetivos conseguir beneficios para el propio grupo, llamémoslo clases populares, pueblo o trabajadores, entendiendo por esto último los que viven de su trabajo, de su esfuerzo. Esto mismo que vemos en Buenos Aires está sucediendo de manera coetánea en otras partes, en ciudades que tienen otra historia y que tienen, incluso, una estructura social más estructurada. Es una época dorada para el anarquismo.

Si Estado, partidos y sistema político eran expresiones intrínsecas de la dominación sobre los seres humanos, y si la emancipación en todos los sentidos –político, cultural, económico–, así del individuo como del pueblo, era el objetivo del anarquismo, el poder (relación jerárquica) debía ser reemplazado por la cooperación (relación horizontal, fraterna). El universo de las ideas anarquistas, sin embargo, está plagado de nociones políticas, y lo están las decisiones que adoptan sus líderes y sus partidarios. Es algo que los estudios llevados a cabo en las décadas de 1970 y 1980 destacaron para diversas geografías, en particular sobre España, el país que había contado con una mayor continuidad en el movimiento anarquista y, junto con el italiano, el de mayor relación e influencia con los anarquismos latinoamericanos.

Suriano convierte la política libertaria en el eje de su análisis sobre el Buenos Aires que emerge como gran ciudad en todos los sentidos, en el burgués y en el del trabajo. La visión de lo político impregna las páginas y el sentido del libro más allá del capítulo que le dedica. ¿Cómo es posible? Lo hace cuando el autor nos explica cómo se arma una identidad social, de clase, o cómo estos colectivos se representan a sí mismos a través de elementos simbólicos, lo que no deja de formar parte del ritual del grupo, que permite también su identificación “desde fuera”. En ese sentido, el libro aborda no solo cuestiones de la cultura que podemos considerar formalizada, como la distribución doctrinal, los periódicos que comentan la actualidad e introducen elementos que van de lo literario a teóricos y ayudan a pensar lo cotidiano, el sistema escolar alternativo en el que encontramos las escuelas racionalistas, y lo que específicamente puede ser considerada “producción” cultural en forma de teatro, fiesta, todo lo que conduce a vivir el ocio de una manera distinta a la del modelo mercantil establecido. Mientras se busca

avanzar hacia una revolución social, a una transformación del orden existente, se construyen realidades alternativas a lo existente. El anarquismo representa muy bien ese movimiento popular. Lo hace desde su diversidad y en ese sentido es un cosmos expansivo. Aquí he de citar a Javier Paniagua, quien hace años afirmaba que en sentido estricto no hay anarquismo sino anarquismos. Suriano reproduce esta referencia. Los libertarios reivindican esa pluralidad. Hay anarquismos, y eso explica que haya corrientes individualistas y otras colectivistas, las hay anarco-comunistas, pacíficas mientras otros recurren a la acción directa. Hay también una distinción entre los llamados “anarquistas puros” y los sindicalistas. En este punto me parece que el autor se deja llevar por la visión de los anarquistas en la controversia que sostienen: si se crean organizaciones que no tienen como objetivo la revolución, se está comenzando a ceder y la cuestión que se formula es para qué organizarse, como cita el autor de uno de ellos. El anarcosindicalismo, el sindicalismo revolucionario, como se ha visto para otras realidades, fue el cemento que pegó la continuidad del movimiento libertario y de los grupos que venían de muy atrás en algunos lugares, pero es precisamente esa acción que vincula trabajo, trabajador y el sueño de una sociedad justa e igualitaria lo que lleva a creer que las mejoras no se aplazan, que no llegarán solo cuando se produzca la revolución, porque hay que llevar el alimento a casa, pagar el alquiler, vivir la existencia... En ese sentido, no son propuestas radicalmente contradictorias, como se demostró en el caso español hasta 1936, con la última gran organización que subsiste, la última en desaparecer.

No me separo de estas consideraciones ni del tema que nos ocupa cuando evoco el análisis de Clara Lida, también para el caso español, en el que cuestionaba de raíz que el anarquismo hubiera sido un ejemplo de “desviación”, de “falsa conciencia”, el anarquismo había articulado en el siglo XIX un ideario y un auto-reconocimiento de los trabajadores como tales. El anarquismo ya no es solo un conjunto de ideas unificadas por un propósito de liquidar la opresión, la explotación, el dominio ideológico. No es una diversidad de estrategias fuertemente ideológicas o trufado de un sindicalismo que, como los “puros” afirmaban, es un elemento disolvente del ideal. El anarquismo, nos dice el autor, puede ser más que una meta, es una forma de experimentar la vida, con ideas e ideales, un sueño sin opresión ni ataduras hijas de la sociedad que las creó para protegerse. En una segunda vuelta de tuerca, sin dejarse vencer por las tentaciones de la época, el autor reclama un lugar central para la cultura, la cultura concebida en un sentido amplio, que discurre de las experiencias educativas, la prensa y los folletos, a los círculos y la sociabilidad, a la construcción de una simbología identificadora y a la fiesta, a la edificación de una cultura propia. Las raíces de todo esto lo acerca a una diversidad de autores, el citado Agulhon y Perrot, Chartier y Bourdieu; también se aprecia el eco de Peter Burke. Mas, como esos “intelectuales heterodoxos” a los que se refiere en su libro, animadores de la causa libertaria, el autor se siente cómodo en una razonable heterodoxia, sin estridencias ni los aparatosos renuncios de herejes y renegados.

Mi lectura de *Anarquistas* me lleva a reconocer en la obra una notable huella gramsciana: cómo se construye una nueva hegemonía cultural desde abajo, por las clases subalternas. Suriano no es demasiado explícito. Se limita a citar el libro de las notas sobre Maquiavelo, mas Gramsci está presente en el cuerpo de su obra y en la forma de presentar algunos de los asuntos principales. En *Anarquistas*, Suriano se refiere con simpatía a los intelectuales heterodoxos que ayudaban al movimiento libertario. Son escritores, periodistas, autores extranjeros de viaje en el país, que no proceden del mundo del trabajo y son algo más que animadores externos. El autor se encuentra a gusto con todas estas figuras heterodoxas que enriquecen el panorama ideológico y cultural de la época. Y esa misma actitud

que encuentra en el pasado contribuye a desentrañar la actitud del autor ante su objeto de estudio, si nos detenemos en las raíces metodológicas, enfoques, lecturas.

Veinte años después de su aparición, *Anarquistas*, un libro de madurez, se ha convertido en un “clásico”, no en el sentido que damos a las piezas arqueológicas redescubiertas que ofrecen un modo de hacer de otra época, sino un hito que reúne por vez primera una geografía social urbana, de la que seguimos aprendiendo. En *Anarquistas*, de otro lado, me parece que están en germen ideas y pistas de obras posteriores de Juan Suriano. En el buen sentido, Suriano merodeó por otros asuntos, no siempre en el orden que se pudiera esperar de un plan de trabajo planificado en fecha temprana. Pero la vida, al menos la intelectual, no la planificamos. El orden lógico de los estudios que abordó podría haber sido el siguiente: (1) La cuestión social (Suriano, 2000; González Leandri, González Bernaldo de Quiros y Suriano 2010), (2) el anarquismo, (3) la protesta social (que viene de antes y va más lejos) (Lobato y Suriano, 2003), (4) la institucionalización de las políticas sociales y sus dificultades (Lvovich y Suriano, 2006), (5) la represión y el control social (Suriano, 1988). A ello se uniría una última reflexión que ofrece varias de las claves de su trabajo, del historiador: ¿dónde está la historia social cuando desaparece el sujeto histórico en torno al cual se había constituido en la contemporaneidad? Me refiero al texto “Los dilemas actuales de la historia de los trabajadores”, una reflexión de 2006 sobre “debates inconclusos” que permite realizar un temprano balance y tres lustros después conserva su actualidad como materia de discusión (Suriano, 2006).

Muchos de los problemas enumerados están de una u otra forma en el libro *Anarquistas* en la medida que nos ofrece –y con ello me quedo– una historia de la sociedad en un momento dado, en una época en que se está saliendo de la sociedad formada por el viejo liberalismo, donde hallamos grupos más o menos dispersos que han estado peleando de forma bastante atomizada por derechos, a otro en el que las clases subalternas actúan y presionan, como se muestra en el libro que estamos celebrando.

Los estudiosos del anarquismo que he conocido, historiadores de oficio, rara vez eran combatientes o enemigos de la causa, tenían una poderosa atracción intelectual por comprender y explicar un fenómeno histórico singular. Es muy posible que al iniciar sus investigaciones se sintieran seducidos por el espíritu inconformista libertario. Parece ser también el caso Juan Suriano.

| Bibliografía

- González Leandri, Ricardo, González Bernaldo de Quirós, Pilar y Suriano, Juan (2010). La temprana cuestión social: la ciudad de Buenos Aires durante la segunda mitad del siglo XIX, CSIC, Madrid.
- Lobato, Mirta Zaida y Suriano Juan (2003). La protesta social en la Argentina, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- Lobato, Mirta Zaida y Suriano Juan (2014). *La sociedad del trabajo. Las instituciones laborales en la Argentina (1900-1955)*, Edhasa, Buenos Aires.
- Lvovich, Daniel y Suriano, Juan (2006). Las políticas sociales en perspectiva histórica: Argentina, 1870-1952, Universidad Nacional General Sarmiento, Buenos Aires.

- Suriano, Juan (1988). *Trabajadores, anarquismo y Estado represor: de la Ley de residencia a la Ley de Defensa Social (1902-1910)*, Buenos Aires.
- Suriano Juan (2000). *La cuestión social en Argentina, 1870-1943*, Editorial La Colmena.
- Suriano, Juan (2006). “Los dilemas actuales de la historia de los trabajadores”, en Jorge Gelman (ed.), *La historia económica argentina en la encrucijada: balance y perspectivas*, Prometeo, Buenos Aires, pp. 285-306.